

RESENHA

PADRÓN, Alejandro. *La ciudad incandescente*. Mérida: Ediciones Actual, 2011

Víctor Daniel Albornoz Aparicioⁱ

Universidad de Los Andes

La pluma de Alejandro Padrón nos da a conocer su novela *La ciudad incandescente*. El autor, oriundo de El Rincón, estado Monagas, Venezuela, ya antes había compuesto otra novela: *Escuela para pobres*, así como tres libros de cuentos: *Un cierto regreso*, *Zona de sombra* y *Mundo perdido*, y también ha publicado en diversas revistas literarias nacionales e internacionales. Además de dedicarse a la escritura, Alejandro Padrón tuvo incursión en la política como embajador de Venezuela en Siria durante los primeros años del chavismo, fue profesor universitario y también se ha dedicado al cine y a la fotografía, artes que lo han influenciado sin lugar a dudas en su escritura.

La novela *La ciudad incandescente* está segmentada en seis capítulos: “De incandescencias”, “De ardentías”, “De tormentas”, “De atardeceres”, “De oscuridades” y “De amaneceres”, títulos que metafóricamente van describiendo el ambiente espacio-temporal y la vida sentimental del personaje, a la par de la situación política, porque en el transcurrir de la narración “la política lo impregna todo, como la luz del mediodía” (p. 35). Los títulos de los capítulos iluminan al lector sobre la intensidad con que se desenvuelven los hechos en cada parte de la novela, son una especie de anuncio en lenguaje metafórico del nudo y desenlace del capítulo mismo.

Esta novela narra las aventuras estudiantiles y de iniciación revolucionaria de un joven estudiante de bachillerato del liceo Sucre en la ciudad de Cumaná, una de las ciudades más antiguas del continente americano, durante los últimos meses del régimen dictatorial de Marco Antonio Pérez Jiménez en Venezuela, derrocado en enero de 1958. A la par de los sucesos políticos, de su liceo se desprende un escándalo religioso que provocará la ira del obispo y llegará a conmover a la ciudad toda, por demás conservadora. La lucha política clandestina, la vida familiar de un adolescente sin sus padres, la

iniciación amorosa, el rechazo al orden religioso, las persecuciones políticas, las torturas, los exilios y el cultivo de la camaradería van otorgando vida propia a un relato, por un lado, propio del realismo literario, basándose tanto en fuentes bibliohemerográficas como orales, que están señaladas al final del libro, y por el otro lado, propio de la ficción del autor. Dos particularidades del argumento las constituyen, por una parte, el hecho de contar cómo se vivió la caída de la dictadura de entonces en el ámbito de la provincia venezolana, particularmente en el estado Sucre, de donde fue oriundo Pedro Estrada (jefe de la policía política del régimen perejimenista, conocida como Seguridad Nacional), quien se encargó de perseguir cruelmente a sus rivales políticos e ideológicos, como bien lo muestra la novela, puesto que generalmente se documentan y narran de manera exclusiva y excluyente los hechos vividos en la capital venezolana, y por otra parte, mostrar cómo adolescentes estudiantes del bachillerato debieron desarrollar una madurez política prematura para constituirse en el bastión de la resistencia al régimen de entonces.

Si bien el autor advierte al comienzo que los personajes de su novela, incluyéndose a él mismo, salvo Marcos Pérez Jiménez y sus allegados, son del mundo de la ficción, también es cierto que en ella puede advertirse mucho de las confesiones de la vida de adolescente del narrador, una especie de autobiografía cabalgando entre la realidad y la ficción. A lo largo del texto, el personaje narrador omnipresente se va desdoblado por medio de los relatos de su diario, texto que diferencia de la narración general con letras cursivas, y en ocasiones deja de ser el muchacho que se inicia en la política para convertirse en el líder político juvenil al que admira José Ángel, en quien termina consumado su ideal de juventud y valentía. El diario, a su vez, servirá como un instrumento de ruptura en el hilo narrador para separar esos elementos de realismo literario de aquellos que dan mayor cabida a la percepción subjetiva de lo histórico. Por medio de este recurso, la historia deja de ser un mero intento de objetivación de los hechos y se fusiona con la intensa vivencia ideológica y psicológica que experimentan los personajes que la encarnan. Resaltan en la novela otros personajes como el tío Juan Gaspar, director del liceo y modelo de diplomacia; Tomás Andrés, el tío mago, compañero de la infancia; Luis Gabriel, el dirigente adeco asesinado por la Seguridad Nacional, que se contrapone por su carisma y su oratoria a la figura de José Ángel; María del Rosario, la primera novia; Pedro Esteban, el amigo del que sospecha si es homosexual; Monseñor, el cómplice del régimen; los agentes de la Seguridad Nacional, a quienes llama “esbirros” con todo el peso etimológico del término; y hasta Gabriel García Márquez, quien,

como sabemos, ejercía para entonces de cronista, llegará a ser el reseñista de lujo que tuvo la caída del régimen.

Las técnicas narrativas que emplea el autor son muy variadas, entre ellas hay que resaltar el guión de cine como género literario, que funciona como elemento de ruptura de la narración en el texto. El autor marca, generalmente con notas al pie de página, de manera abrupta la transformación de su discurso narrativo en un discurso descriptivo y de detalles de imágenes en función de cámaras y escenas. Esta particularidad del discurso incita lúdicamente al lector a fungir como el director de cine que con su lectura está proyectando y dirigiendo las escenas que le dicta un libreto. La fusión de la narración novelesca con guión de cine, sustentado en materiales provenientes de la historiografía, la crónica y reportajes periodísticos, a la par de relatos propios de la vivencia familiar, arroja resultados que abren posibilidades de lecturas múltiples para el lector en las que él mismo participa en buena medida de la creación de las escenas. Como en *Las babas del Diablo* de Julio Cortázar, el lector debe completar y recrear su lectura como si a la par de las palabras del libro tuviera que leerla también como una escena desde la óptica de un lente de cámara.

Sobre la temática de la novela, el tratamiento de la luz merece mención aparte. Como dice el texto: “la luz en mi ciudad fija la pauta, ordena inspira o seduce” (p. 173). En esta pieza literaria las luces acarician, hieren, causan estridencias, aplastan... La luz es un elemento determinante en la creación de la atmósfera urbana; el espíritu colectivo de la ciudad es el reflejo de su iluminación. Alejandro Padrón ha trabajado la luz en hermosa prosa lírica a lo largo de toda la novela. Los pasajes de descripción de la iluminación son de alto vuelo literario.

En *La ciudad incandescente* encontramos una novela rica en acciones y reflexiones, que tienta a la revisión histórica venezolana, y sobre todo a la historia reciente y sus conexiones con el presente. De hecho, puede decirse que muchos de los sucesos expuestos pueden leerse como analogías intencionales con el presente; como es el caso de la puesta en escena de la naciente disputa de entonces entre los partidarios de Acción Democrática y los comunistas, relación antagónica que desde entonces ha arrastrado la vida política venezolana y que en el presente se vive con una muy marcada intensidad. En este particular, hay que decir que desde la óptica del narrador se plantea una suerte de confesión de culpa o redención, etaria y personal, que insinúa su reconocimiento de que en alguna medida los radicales modos de actuar y pensar de aquellos líderes políticos -unidos entonces contra la dictadura de Marco Antonio Pérez Jiménez,

pero divididos en su modo de concebir la democracia que nacería una vez derrocado el enemigo común- fueron el germen causante de nuestro complejo y convulso presente nacional.

ⁱE-mail do autor: anbornozdan@gmail.com